LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. Núm. 4.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. —Sombreros de invierno. — Cenicero. — Pelerina al crochet.— Corbata de cabos.— Fichú al crochet con limosnera.—*Corpiño á punto de aguja.*— Tapete para *mesa* de labor.—Sombrero de amazona.—Pelota de lana.—Talma guarnecida de armiño. — Julieta y Margarita. — El cuerpo y el alma. —La felicidad de la riqueza.— Revista literaria.—Solucion del salto del caballo.

SOMBRERO N.° 1.

Sombreros de invierno.

N.° 1.—Sombrero de terciopelo azul emperatriz, con ala plana, guarnecida todo al rededor por una blonda blanca y un rizado de marabús blancos: al lado izquierdo 3 marabús blancos rodean un colibrí de cuello verde y azul; el bavolet de terciopelo va guarnecido de blonda y de un rizado de marabús; por dentro campanillas de terciopelo blanco, blonda blanca, un colibri pequeño y bridas de cinta de raso azul.

N.° 2.—Sombrero de crespon blanco, bordado de seda blanca. Aderezo de tres puntas, guarnecido de blonda blanca, puesto sobre el ala. Bavolet igual: adornos compuestos de semillas matizadas, de moras punzó y de yerbas con gotas de rocío; interior adecuado; bridas de reps blanco.

N.° 3. —Sombrero de raso blanco; sobre el ala un aderezo de terciopelo de colores vivos, que concluye en la copa. Este aderezo va orlado por un encage negro; y acompañado de cactus de terciopelo matizado, encarnado, con follage lanoso; un *pájaro-mosca* está posado sobre las flores. En el interior, hojas de encage y blonda; bridas de raso blanco.

Cenicero.

MATERIALES.—4 docenas de argollas de cobre; una madeja de torzal de seda encarnado vivo; cuentas de cristal blancas, y cuentecitas huecas de plata; un cesto pequeño redondo.

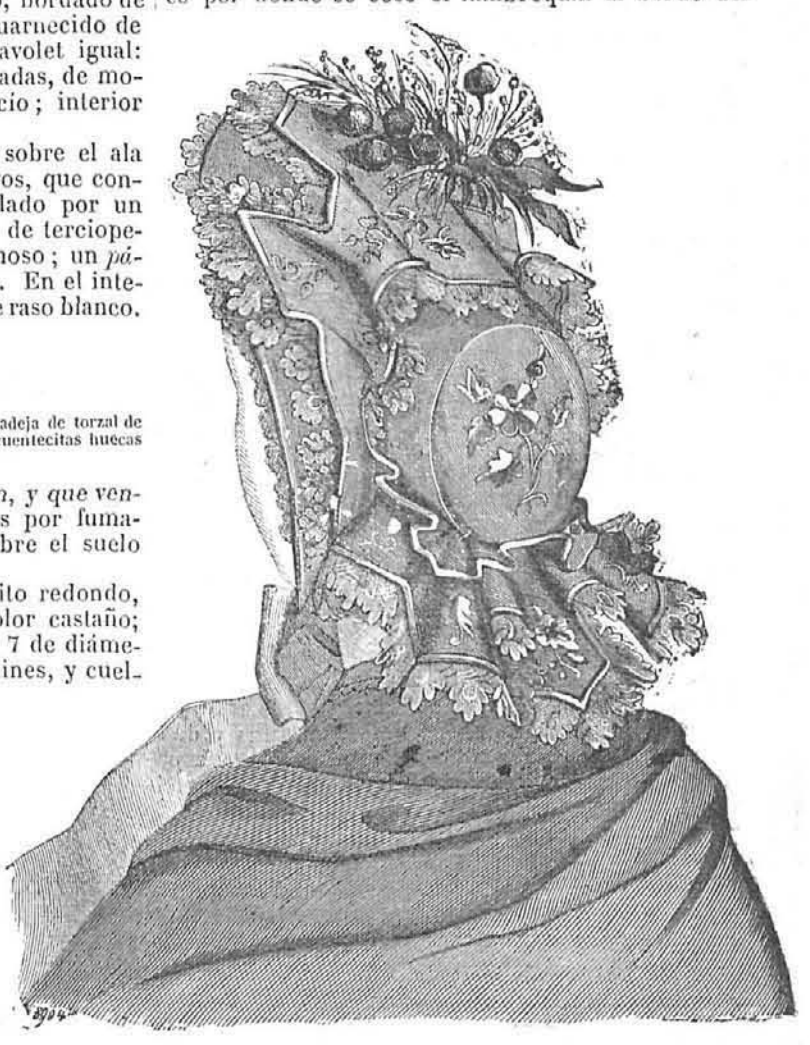
Esta *es una labor de pronta ejecucion, y que* vendrá muy bien en las casas frecuentadas por fumadores, que acostumbran á sacudir sobre el suelo la ceniza de sus cigarros.

El cenicero se compone de un cestito redondo, forrado de hoja de lata barnizada de color castaño; tiene 4 cetímetros de profundidad por 7 de diámetro; se halla guarnecido por lambrequines, y cuelga de un trípode formado por tres palitos de 27 centímetros de alto.

El lambrequin ó cenefa de puntas redondas, tiene ocho de estas, para cada una de las cuales se emplean tres argollas, cuyo diámetro es de un centímetro. Cada una está cubierta de puntos sencillos, apretados, hechos con el torzal encarnado. —Las argollas se reunen cosiéndolas y colocando al mismo tiempo las cuentas de cristal y las huecas como la indica el dibujo. Sobre el borde superior del lambrequin se ejecutan en redondo con la seda encarnada las dos vueltas siguientes:

1.ª *vuelta.*—2 puntos sencillos en los 2 del medio de una de las argollas,—* 7 puntos en el aire,—2 sencillos en los 2 del medio de la argolla siguiente. *Vuélvase á empezar desde* * *hasta la última argolla.* —luego 7 puntos en el aire, el último de los cuales se liga con el 1.° de esta vuelta.

2.ª *vuelta.* —*Se hacen alternativamente* 1 punto sencillo y 4 en el aire, por bajo de los cuales se pasan 2 de la vuelta anterior; por estos festoncitos es por donde se cose el lambrequin al borde del cesto.—En el borde inferior se hacen festones con la seda encarnada; los de los lados se componen de 3 puntos en el aire, y los colocados debajo de los anillos de 5. De estos festones pende el fleco de cuentas, mas ancho en la punta que en el hueco de aquellos. Para los bucles mas pequeños del dicho fleco, que unen entre sí dos argollas, se en-



SOMBRERO N.° 2.

© Biblioteca Nacional de España

sartan 5 cuentas de cristal,—una hueca,—y otras 5 de cristal. Para el bucle siguiente, en vez de 5, se ensartan 8 cuentas;—para el que viene despues de este, en vez de 8 son 12,—para el inferior, en vez de 12 se ensartan 16.

Despues de cosido el lambrequin se adorna el borde del cesto con puntos al sesgo, para los que se ensartan 3 cuentas de cristal,—1 hueca, y otras 3 de cristal.

Cada una de las 3 cadenillas de que pende el cenicero se compone de 8 argollas separadas por una cuenta hueca; se pasa una cinta encarnada por las tres superiores de las 3 cadenas para atarlas al punto de reunion de los piés del trípode.

Pelerina al crochet, con orla á punto de aguja.

MATERIALES.—255 gramos de lana céfiro gruesa color granate; 48 idem de seda de conejo gris; 48 idem de la misma seda blanca; 16 idem de lana céfiro negra; 48 idem de la misma lana blanca. Un crochet de madera, n. 2. Agujas de madera del n. 6.

El fondo se hace al crochet tunecino comun, con la lana granate; se siguen exactamentelas indicaciones dadas para la *talma al crochet* (véase nuestro número anterior). La guarnicion, hecha á punto de aguja, imita una tira de pieles; se hace por separado, despues se cose al fondo, y se compone alternativamente de un trozo gris y de otro blanco; se rodea por una lista estrecha gris, y por arriba termina con dos vueltas al crochet.

Se toma la seda de conejo, se arman 18 puntos, se trabaja de ida y vuelta, y siempre al derecho; en uno de los lados de la labor se crece 1 punto en cada 2.ª vuelta, haciendo un echado antes de empezarla, y tomándolo como si fuera un punto en la vuelta siguiente. En la vuelta 12 se deben tener 24 puntos en todo, y entonces se mengua en la proporcion misma en que se ha crecido; por consiguiente, en cada 2.ª vuelta se hacen juntos los 2 primeros puntos; se labran en seguida 4 vueltas con el mismo número de puntos, empleando la lana céfiro negra,—luego se principia el trozo ó punta siguiente, con la seda gris. Cuando la tira ha llegado á tener suficiente largo para el vuelo de la pelerina, se desmonta, y se levantan los puntos del borde en línea recta, como si se hiciese el talon de una media; se hace 1 punto en cada punto con la lana céfiro blanca, y en el sentido del largo de la tira se hacen de ida y vuelta 30 vueltas, siempre al derecho, que componen el forro, el cual solo corresponde al borde de la pelerina.

En los bordes delanteros, esta tira es mas estrecha; se arman solo 6 puntos; este número aumenta sucesivamente en las 12 vueltas siguientes, hasta 12 puntos, y disminuye luego en la misma proporcion. Despues de las 3 vueltas negras hechas sobre seis puntos, se empieza un nuevo trozo.

La tira del cuello tiene el mismo ancho que esta, pero en su medio el ancho es el de la inferior.

El borde superior de cada tira se guarnece con 2 vueltas al crochet. La 1.ª (lana negra) se compone de puntos sencillos, hechos en el lado superior (el desigual) de los festones; la 2.ª vuelta (seda blanca) es tambien del mismo punto, pero en la punta de cada feston se hace una especie de hoja de trébol, compuesta de 3 buclecitos, que se forman haciendo en el punto de la punta 4 sencillos y entre cada uno de ellos 4 ó 5 en el aire.

Se colocan las diferentes tiras sobre la pelerina; para el borde inferior, se cose el forro de la tira sobre la 1.ª vuelta de la pelerina; por delante y en el cuello, se reunen los bordes de las tiras y de la pelerina, haciendo puntos sencillos con la lana negra; se pegan los festones cosiendo su última vuelta sobre la pelerina, y para esto se emplea la lana céfiro blanca. En el delantero se ponen 2 botones, y otros tantos ojales ó presillas.

Corbata de cabos.

Esta corbata, preservativo contra el frio, se compone de una tira de cachemira blanca de 1 metro y 46 centímetros de largo, por 22 centímetros de ancho. Se calcará dos veces nuestro dibujo, que representa el bordado de uno de los cabos de la corbata; se pondrá el dibujo sobre la tela, y se coserá la trencilla negra sobre el papel y la cachemira al mismo tiempo. Los adornos representados por

SOMBRERO N.º 3.

contornos blancos se ejecutan á punto cadeneta con torzal encarnado de seda; los lunares, á punto de nudillos con seda amarilla de oro; el centro de cada florecita se compone de muchos puntos de nuditos hechos con torzal verde de seda; la orla de los lados se continúa á todo lo largo de la corbata, que lleva un dobladillo; en cada cabo se anuda un fleco compuesto de 24 hebras de torzal de seda de 20 centímetros de largo; estas hebras van mezcladas,

CENICERO.

y deben dominar las encarnadas, las negras y las blancas.

Fichú al crochet con limosnera, para niña de 3 á 5 años.

MATERIALES.—40 gramos de lana céfiro grosella; 16 gramos de la misma lana negra, una madeja de la misma lana blanca; algunos botones negros. Crochet de madera del n. 5.

Se comienza con lana grosella por el borde inferior de detrás, sobre una cadeneta de 15 puntos, y se trabaja al crochet tunecino comun; se hacen con este mismo número de puntos 2 vueltas; luego en la 3.ª (y en todas las impares) se crece un punto en cada extremo. La vuelta 32 y última de la espalda se compone de 45 puntos, de los cuales los 3 del medio permanecen intactos para la abertura del cuello; con los 21 que hay en cada lado se hacen primero las puntas de los hombros, y luego los delanteros del fichú. Para ejecutar la punta de la derecha, se toman sobre el crochet los 21 puntos de la vuelta anterior, y volviendo de izquierda á derecha, se desmontan 4 de los que han quedado en el crochet,—en la vuelta inmediata se desmontan otros 6 puntos de los del crochet; luego se hacen con todos los puntos 4 vueltas, desde el escote hasta el hombro,—despues en las 4 siguientes se mengua en la misma proporcion en que se ha crecido; en seguida, por medio de una cadeneta de 4 puntos, se completa la abertura del cuello, y sobre estos 25 puntos se ejecuta el delantero; con este mismo número se hacen las 8 primeras vueltas, luego se mengua 1 punto al principio de cada 2.ª vuelta para que el lado del delantero sesgue, mientras que el opuesto continúe recto. Despues de la vuelta 30 el delantero de la derecha está terminado. El de la izquierda se hace lo mismo, pero en sentido inverso.

Al rededor de la labor se ejecuta una vuelta de puntos sencillos, y en el delantero de la izquierda á esta vuelta se añaden otras 2 ó 3 para formar la carterilla que ha de sostener los botones. Los dos lados sesgados, la abertura del cuello y el delantero de la derecha, se orlan de nuevo con las dos vueltas siguientes hechas con lana negra:

1.ª *vuelta.*—* Un grupo de bridas,—1 punto en el aire, por bajo del cual se pasa uno de la vuelta anterior. Vuélvase á *.

2.ª *vuelta.*—1 punto sencillo sobre el en el del aire de la vuelta anterior;—* 1 en el aire, por bajo del cual se pasan 2 grupos de bridas y los huecos intermedios, —4 bridas comunes en el hueco mas próximo,—1 punto en el aire, por bajo del cual se pasan de nuevo 2 grupos de bridas, —1 punto sencillo en el hueco mas próximo. Vuélvase á empezar desde *.

Junto á esta fila de festones se hacen en el fichú con lana blanca, primero una vuelta de puntos-cadenetas, ejecutadas sobre la de puntos sencillos que rodea el fichú; despues otra vuelta de puntos-cadenetas con lana negra.

En el borde inferior de la espalda se ejecutan 3 cadenetas iguales á las anteriores, formando una punta, que sube hasta la vuelta 9, semejante á la de la limosnera; la cadeneta del medio es blanca, y las otras dos negras.

El cinturon que se pone sobre el borde del fichú se hace á lo largo sobre una cadeneta de 90 puntos, y se compone de 5 vueltas; en la última se hace otra de puntos-cadenetas, despues se guarnece el cinturon todo al rededor con igual punto de lana blanca.

LIMOSNERA.—Se compone de dos pedazos iguales; se hace una cadeneta de 20 puntos para cada uno, luego 6 vueltas; en la 7, 10, 12, 13 y 14 se mengua un punto en cada extremo. Cuando los dos pedazos están así preparados, se los cose uno á otro por tres lados y se orla el lado abierto con puntos sencillos. En el lado de encima se ejecutan las tres cadenetas (una blanca entre dos negras) dispuestas en punta. Para cada cinta de las que pende la limosnera, se hace una cadeneta de 26 puntos con lana negra; volviendo sobre ella se forma una vuelta compuesta de grupos de bridas, y se rodea la cinta con lana blanca, haciendo alternativamente 1 punto en el aire y 1 sencillo.

En la limosnera se ponen botones negros, así como en el cinturon, y 3 detrás del fichú, encima de la orla.

© Biblioteca Nacional de España

Corpiño á punto de aguja, para señora.

MATERIALES. — 105 gramos de lana fina blanca ó rosa claro; agujas gruesas de acero.

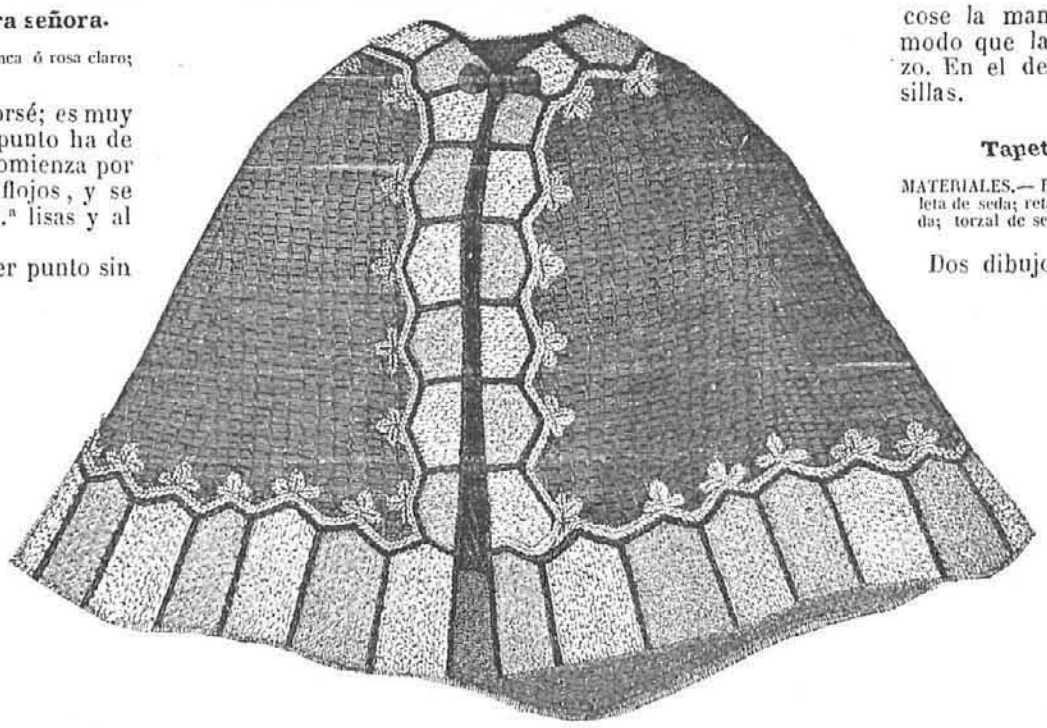
Este corpiño se lleva sobre el corsé; es muy cómodo y de mucho abrigo. El punto ha de ser apretado, pero flexible. Se comienza por la cintura; se arman 108 puntos flojos, y se labra de ida y vuelta la 1.ª y la 2.ª lisas y al derecho.

3.ª *vuelta*.—Se levanta el primer punto sin hacerlo; * 1 echado, — menguado. Vuélvase siempre desde *.

Se hace luego una vuelta al derecho (cada echado se cuenta por un punto), despues 9 vueltas compuestas alternativamente de 1 punto al derecho y de 1 al revés para formar las rayas,—1 vuelta lisa al derecho,—se repite la 3.ª vuelta, — 1 lisa al derecho; despues, encima de la cintura, se labra al derecho del modo siguiente: de la vuelta anterior se hacen 3 puntos, y entre el 2.º y 3.º se crece uno (en el echado de la vuelta anterior); se vuelve la labor y se hacen puntos lisos; se vuelve la labor, se hacen 5 puntos, se crece 1 entre el 4.º y 5.º;—se vuelve la labor y se hacen puntos lisos: en la vuelta siguiente se hacen 7 puntos, el 7.º en el echado, de modo que se han hecho 3 en este echado; se vuelve la labor, se hacen puntos lisos, y se principia el crecido para el pecho haciendo 2 puntos en el 4.º Se repite este crecido en cada 4.ª vuelta, adelantándolo cada vez en un punto hacia la sisa.

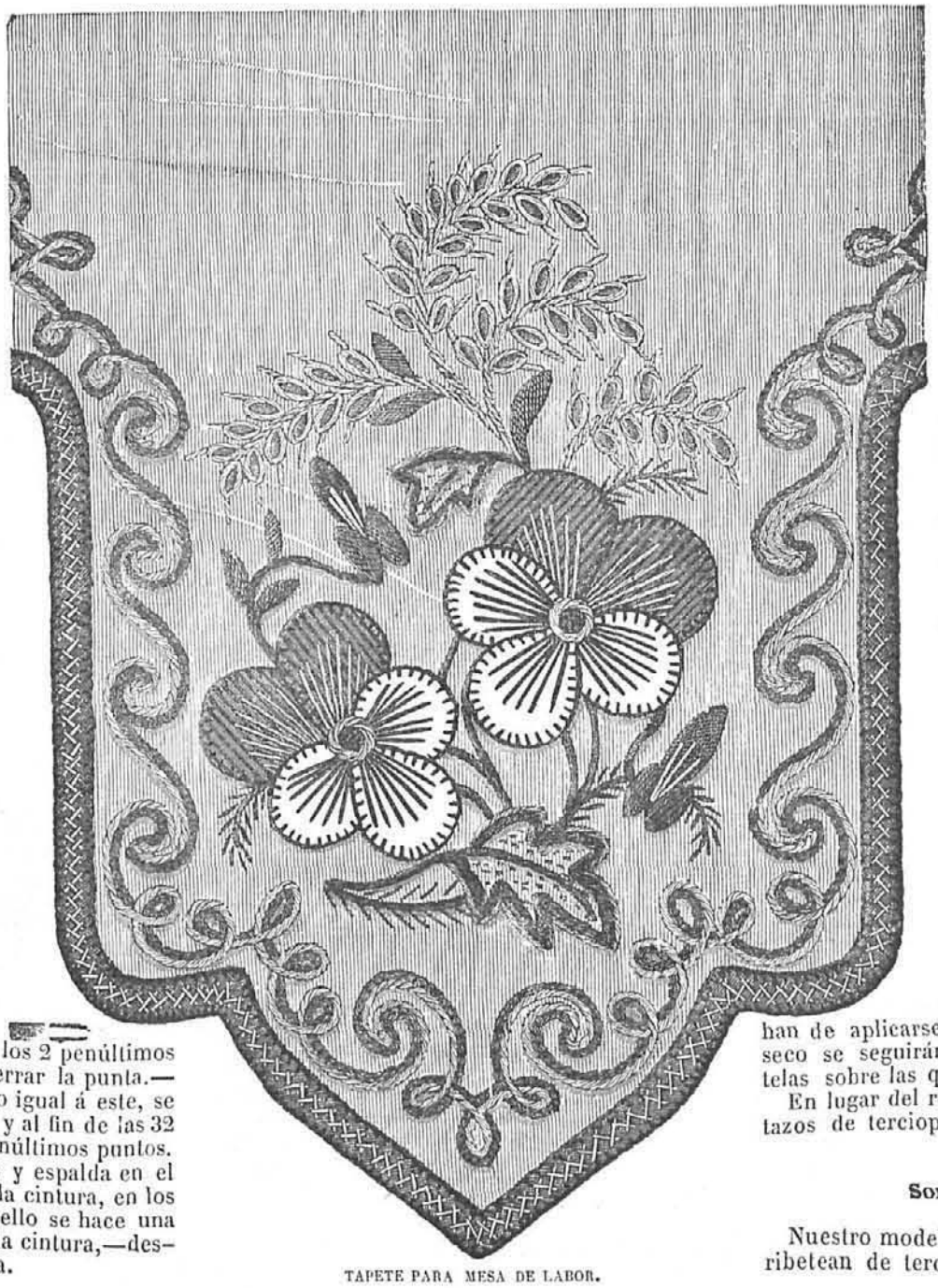
En la vuelta siguiente se hacen 10 puntos, el 10.º en el echado del tercer vacío; — luego se vuelve la labor para hacer la vuelta lisa. En la vuelta que sigue se hacen 12 puntos, el 12.º en el echado del tercer vacío,—luego 1 vuelta lisa. En la siguiente se hacen 15 puntos, el 15.º en el echado del 4.º vacío, —1 vuelta lisa. Se labra en seguida sobre toda la fila de puntos, creciendo uno en el 4.º vacío, y en el otro extremo se hace una punta semejante á la que se ha descrito, y debe tenerse en este extremo un número de puntos igual, hasta el 4.º vacío, al del extremo opuesto. Se continúa con todos los puntos labrando siempre al derecho, y conservando el crecido para el pecho. Despues de la 4.ª vuelta *entera* se principia el crecido para la espalda; para ello se cuentan 23 puntos en el medio de la vuelta, y se crece un punto antes y despues de los 23; se repite este crecido en cada 2.ª vuelta aumentando cada vez en dos puntos el número de los que separan los crecidos. Despues de la 56 vuelta entera se ha llegado á la sisa. Cesa todo crecido, y se cuentan por cada lado 47 puntos para los delanteros, — en el medio 74 para la espalda. Los intermedios se desmontan; se labran los delanteros uno despues de otro, y se hacen 64 vueltas; luego, hácia el hombro, se hacen en cada segunda vuelta los dos penúltimos puntos juntos, mientras que hácia la abertura del cuello se hacen igualmente juntos los 2 penúltimos puntos 7 veces de seguida,—despues en cada 2.ª vuelta, hasta consumir todos los puntos. En el hombro se hace otra puntita tomando 15 puntos de orilla, principiando en la sisa, junto al primer menguado del hombro. — Sobre estos 15 puntos se labra al derecho de ida y vuelta en línea recta hácia la sisa, mientras que en el lado opuesto se hacen juntos los 2 penúltimos puntos en cada 2.ª vuelta hasta cerrar la punta.— Despues de labrar el otro delantero igual á este, se hacen 44 vueltas sobre la espalda, y al fin de las 32 siguientes se hacen juntos los 2 penúltimos puntos.

Se cosen uno á otro delanteros y espalda en el hombro; y luego principiando por la cintura, en los delanteros y en la abertura del cuello se hace una vuelta lisa y otra calada, como en la cintura,—despues 2 vueltas lisas, y se desmonta.



PELERINA AL CROCHET.

La manga se hace lisa, de ida y vuelta; se principia por el borde superior; se arman 32 puntos, y se crece uno al principio de cada vuelta, así se sigue hasta tener 68 puntos en la aguja: este es el ancho de la manga por arriba. Las vueltas siguientes se unirán cosiendo juntos los puntos exteriores. Se hacen 9 vueltas, luego se hacen juntos los dos penúltimos puntos en cada extremo, y se repite este menguado otras 9 veces en cada vuelta. Despues de la última de menguados se hacen 2 vueltas lisas, luego 9 compuestas de 2 puntos al derecho,— 2 al revés alternativamente, despues una vuelta lisa,— 1 calada, — 3 lisas, y en fin se desmonta. Se cose la manga, se la coloca en la sisa, de modo que la costura quede debajo del brazo. En el delantero se ponen botones y presillas.



TAPETE PARA MESA DE LABOR.

Tapete para mesa de labor.

MATERIALES.— Reps de lana color de cuero claro; trenza violeta de seda; retazos de paño blanco y de reps violeta de seda; torzal de seda de diferentes colores.

Dos dibujos se consagran á este tapete: el uno le representa entero y en tamaño reducido (véase este en el n.º 1, página 2); el otro, que es el que se vé mas abajo, reproduce uno de los lambrequines en tamaño natural, con todos los pormenores que concurren al efecto del bordado. El uso para el que designa este tapete no está limitado; aumentando sus dimensiones y por consiguiente el número de lambrequines, puede servir para una mesa grande; prolongando su largo, se convertirá en tapete para una mesa de juego; en todo caso los lambrequines deben caer por fuera de la mesa, siendo exactamente igual á esta el tamaño del tapete sin los lambrequines. Nuestro modelo tiene 74 centímetros de largo por 37 de ancho (inclusos los lambrequines); la cenefa se compone de una trenza (ó galon) violeta de seda, festoneada todo al rededor con torzal de seda violeta, y llevando en el centro una costura en cruz ejecutada con seda del color del reps que forma el fondo del tapete; el arabesco que va encima se hace á punto de tallo con dos variedades de seda color cuero, una mas oscura y otra mas clara que el fondo; puede tambien hacerse á punto de cadeneta.

Las dos hojas oscuras de los pensamientos se hacen con reps violeta de seda, recortadas y aplicadas; las tres hojas claras se recortan en paño blanco y se aplican; los puntos en forma de rayos se hacen con torzal de seda violeta sobre las hojas blancas y color de cuero sobre las hojas violetas;— unas y otras se rodean con un punto de feston separado, hecho con seda lila. El corazon de la flor se forma con nudillos hechos con seda cuero oscuro, y se rodean á punto de cadeneta con seda color cuero oscuro. Las hojas, los tallos y los pimpollos se ejecutan con diferentes puntos de seda verde, parte al pasado, y parte á punto de cordoncillo y á punto atrás, como el dibujo lo indica; la porcion florida de cada pimpollo se hace con seda violeta. Las espigas se ejecutan con muchas variedades del color cuero, es decir, que las hojas estrechas se hacen de punto muy oscuro, los granos de trigo con el mismo punto de color al pasado, como las hojas; sus tallos y sus raspas con un punto mas claro, pero mas oscuro que el del tapete.

Antes de recortar el reps por fuera de la trenza que lleva al rededor, se estira fuertemente el tapete, se le humedece por el reves con una disolucion de goma arábiga, y se deja secar; se recortan en seguida los lambrequines, se forra el tapete de tafetan ó percalina, y se le ponen las borlas.

Para recortar las hojas de las flores, se trazarán sus contornos sobre pedazos de papel; se recortarán estos, se los pegará con goma por el revés de las telas que han de aplicarse al fondo: y cuando el papel esté seco se seguirán sus contornos para recortar las telas sobre las que se ha pegado.

En lugar del reps de seda pueden emplearse retazos de terciopelo violeta.

Sombrero de amazona.

Nuestro modelo es de fieltro gris; las vueltas se ribetean de terciopelo negro. La guarnicion es de

© Biblioteca Nacional de España

cinta de reps gris, extremadamente gruesa, formando por delante un rizado, encima del cual va otro de terciopelo negro; la gran pluma es gris.

Pelota de lana.

MATERIALES.— 95 gramos de lana céfiro de 10 hilos: un poco de carton delgado.

Este es un juguete ligero, blando, lindo, con el cual pueden divertirse los niños en el interior de la casa, sin correrse riesgo de romper con él algun objeto de valor.

Consagramos á esta pelota 3 dibujos: el uno la representa terminada; los otros dos en ejecucion. Se pueden emplear para hacerla todos los retazos de lana gruesa, y esto hará su valor insignificante.

FICHU CON LIMOSNERA AL CROCHET, PARA NIÑA DE 3 Á 5 AÑOS.

Nuestro modelo tiene 14 centímetros de diámetro. Se comienza por cortar 2 pedazos redondos de carton de 14 centímetros de diámetro; se quita todo el centro de los cartones, de modo que el vacío que queda tenga un diámetro triple del del carton conservado, el dibujo (primer detalle) representa estas dos redondelas de carton puesta una sobre otra, y envueltas con lana hasta rellenar el hueco; se ensarta la lana doble en una aguja muy gruesa de tapicería, y se dá vueltas con ello al rededor de las ruedas de carton; los cabos de lana deben calcarse siempre en el borde exterior de los cartones. Cuando están ya envueltos y relleno el hueco, se va cortando la lana por capas en el borde entre los cartones. El detalle n.º 2 representa la pelota á medio cortar, y marca por una línea de puntos blancos el sitio en que se corta el resto de la pelota. Se separan un poco los cartones, y se coloca entre ámbos una cinta fuerte, á la que se dan dos ó tres vueltas bien apretadas, anudando en seguida sus cabos sólidamente; se cortan estos cabos, se cortan tambien los contornos por varios puntos á fin de poderlos extraer; la lana cubre por todas partes la cinta, y no queda mas sino *tundir* el todo para igualar las hebras.

CORBATA DE CABOS.

Talma guarnecida de armiño.

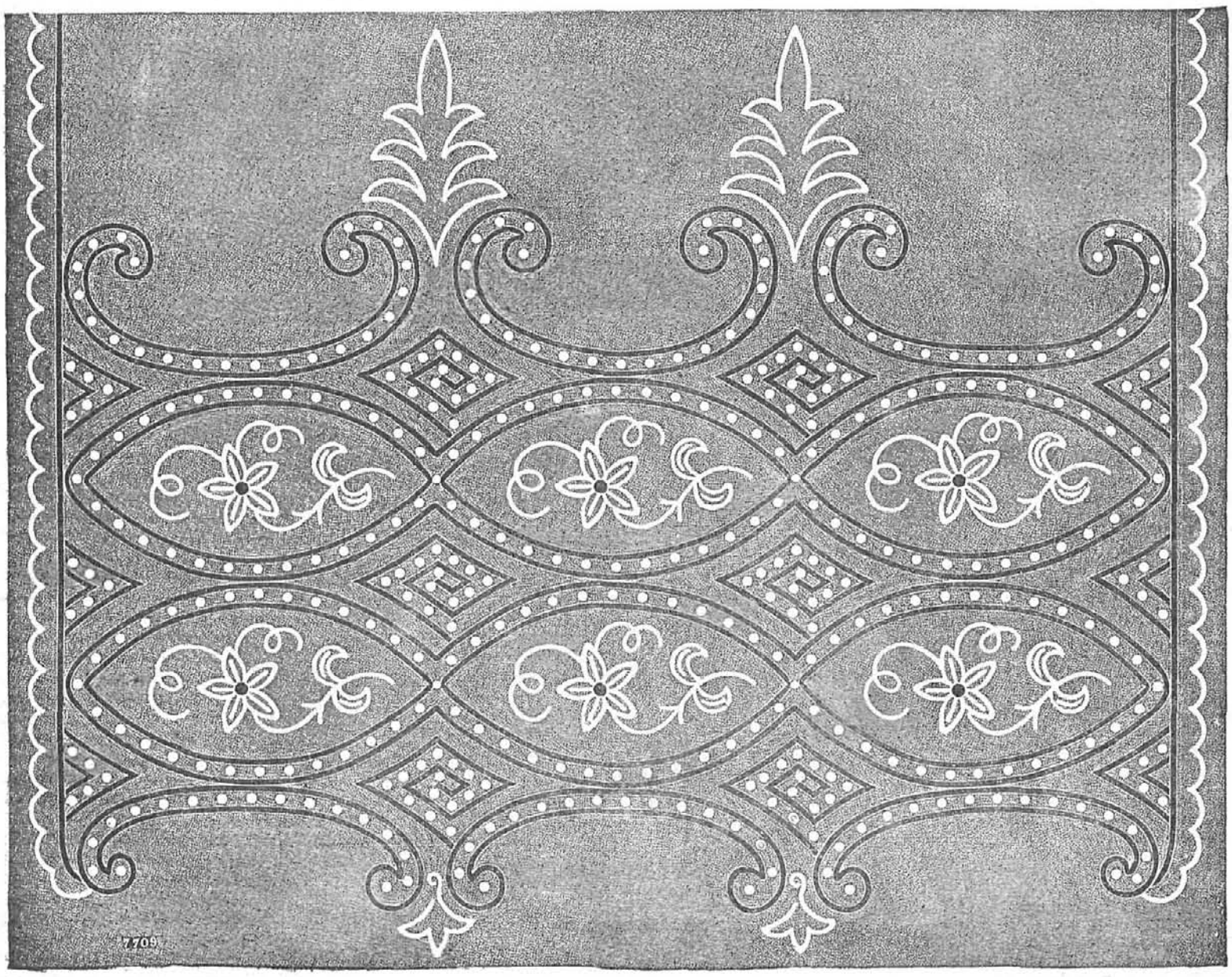
PUNTO DE AGUJA.

MATERIALES.—112 gramos de lana céfiro, de 10 hilos, blanca; 16 gramos de la misma lana negra; 350 gramos de lana céfiro comun de color de pensamiento. Agujas de madera del n. 6.

El fondo de la talma se hace á punto de diamante, para el que hemos publicado un dibujo especial y una explicacion en nuestro número 2.

Se arman para el borde inferior 450 puntos, pero á fin de alargar la talma por detrás, se trabaja primero en el centro del borde, prolongando gradual-

CORPIÑO A PUNTO DE AGUJA PARA SEÑORA.



DIBUJO DE LA CORBATA DE CABOS.

© Biblioteca Nacional de España

mente las vueltas.

1. *vuelta.*—Se hacen al derecho 250 puntos; se dejan 200 en la aguja; se vuelve la labor.

2.ª *vuelta.*—Se hacen 50 puntos al revés; se vuelve la labor (el primer punto se levanta en todas las vueltas aun incompletas).

3.ª *vuelta.*—(Dibujo).—1 punto levantado sin hacerse,—* 1 echado,—menguado. Vuélvase á empezar 33 veces desde *, de modo que á los 50 puntos se añadan 19.

4.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho.—Despues de los puntos del dibujo se toman otros 20 de los que han quedado en la aguja; cada echado se hace como 1 punto.

5.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho; se añaden otros 20 puntos.

6.ª *vuelta.*—Al revés; se añaden otros 20 puntos.

7.ª *vuelta.*—Como la 3.ª; se continúa el dibujo sobre 20 puntos mas.

Se repite sin cesar desde la 3.ª á la 6.ª vueltas, tomando al fin de cada una el número de puntos indicado, hasta consumir los 450. El primer punto de cada vuelta, comprendidas las de dibujo, se hace siempre liso, y siempre ha de cuidarse de que el número de puntos no disminuya en la vuelta de dibujo, sino solo con arreglo al cuadro de menguados hechos en las vueltas lisas. El primer menguado se verifica despues de la 3.ª vuelta hecha con todos los puntos de la labor; en esta se mengua 22 veces, poniendo 18 puntos de intervalo entre cada menguado. Este se repite despues de cada 4.ª vuelta de dibujo; en la 2. vuelta con menguados se mengua 22 veces, con un intervalo de 17 puntos entre cada uno.

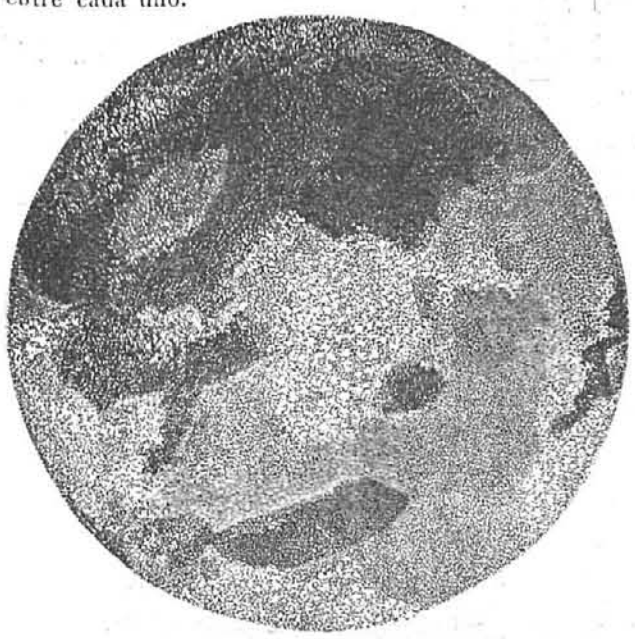
SOMBRERO DE AMAZONA.

en las vueltas anteriores; esto forma la abertura del cuello.

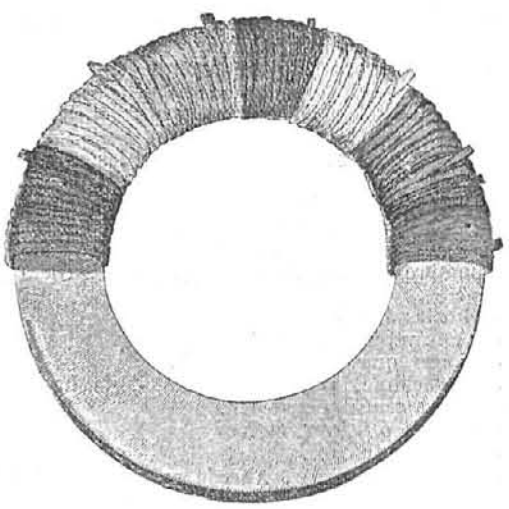
Orla de armiño.—Punto *afelpado* (véase el *cogin para los piés* en el n.º 1.º del presente año). Se toma la lana blanca, se arman 6 puntos, y para hacer los *buclecillos* se envuelve la lana tres veces al rededor del molde: el primero y el último punto de cada vuelta de *buclecillos* ha de ser un punto de *buclecillo.*

Se hacen 10 vueltas de estas con lana blanca; en las 11 y 12 los dos *buclecillos* del centro son de lana negra. Estos *buclecillos* se cortan sobre el molde; la orla se hace por partes separadas, una para la abertura del cuello, dos para los lados de delante, una para el borde inferior. Estos trozos se cosen á la talma; pero antes de coser los de delante, se hace una fila de puntos-cadenetas al crochet con lana blanca, á fin de evitar que la orla haga pliegues.

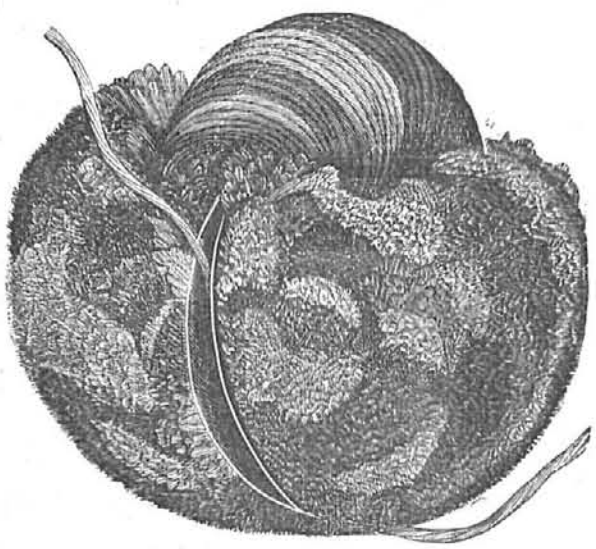
En el cuello de esta elegante talma se ponen dos ó tres corchetes.



PELOTA DE LANA.



EJECUCION DE LA PELOTA DE LANA (TAMAÑO REDUCIDO) PRIMER DETALLE.



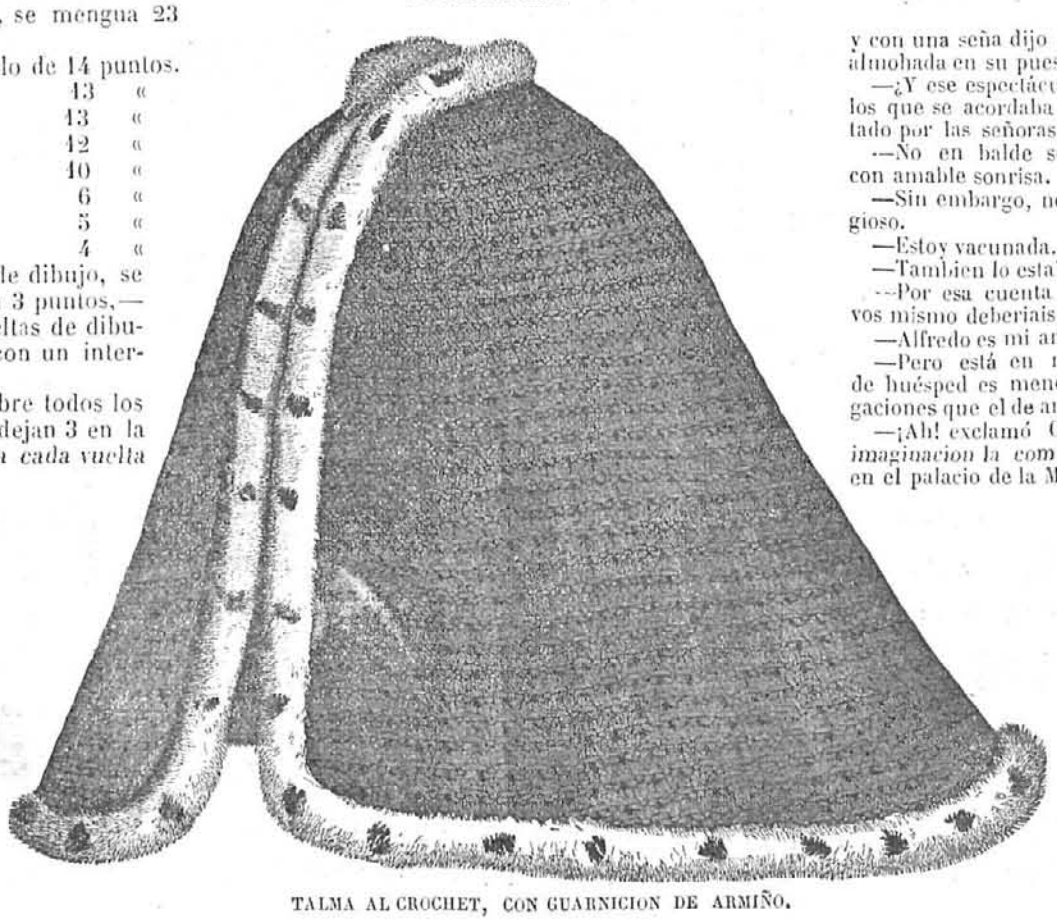
EJECUCION DE LA PELOTA DE LANA. 2.º DETALLE.

En la 3.ª vuelta con menguados, se mengua 23 veces, con intervalo de 15 puntos.

4.ª	*vuelta.*—23	veces,	con	intervalo	de	14 puntos.
5.	*vuelta.*—23	«	«	«	13	«
6.ª	*vuelta.*—21	«	«	«	13	«
7.ª	*vuelta.*—21	«	«	«	12	«
8.ª	*vuelta.*—23	«	«	«	10	«
9.	*vuelta.*—32	«	«	«	6	«
10.	*vuelta.*—32	«	«	«	5	«
11.ª	*vuelta.*—32	«	«	«	4	«

Luego, despues de la 2.ª vuelta de dibujo, se mengua 32 veces, con intervalo de 3 puntos,—despues de haber hecho otras 3 vueltas de dibujo, se mengua en toda la vuelta, con un intervalo de 2 puntos.

Se hace otra vuelta de dibujo sobre todos los puntos, y al fin de cada vuelta se dejan 3 en la aguja; *además de esto se termina cada vuelta* por 1 menguado, porque se hacen juntos los 2 puntos colocados antes de los 3 que se dejan en la aguja. De esta manera se hacen otras 2 vueltas de dibujo, luego, en la 2.ª de las al derecho se mengua, dejando 1 punto de intervalo. En seguida se hace la labor sobre todos los puntos, inclusos los dejados en la aguja, y estos últimos se hacen alternativamente dos juntos y uno separado, se desmonta apretado, y se mengua todavía dejando 1 punto de intervalo, cuando se está encima de los puntos dejados en la aguja



TALMA AL CROCHET, CON GUARNICION DE ARMIÑO.

JULIETA Y MARGARITA.

(Conclusion.)

—¡Las viruelas! repitió la señora Duravin.

—Sí, señora.

Y sobrevino en el salon un silencio tal, que Cárlos oyó distintamente las oscilaciones de la péndola del reló.

—Entonces, repuso la madre, nos es imposible á mi hija y á mí visitar á Alfredo.

—¡Imposible!... ¿Y porqué?

—Porque esa terrible enfermedad es contagiosa, y yo faltaria á mis deberes de madre exponiendo á mi querida Julieta á tan grave peligro. Vivid persuadido de que deploro en el alma tenerme que imponer esa privacion, y se lo direis de mi parte á vuestro amigo. Dos veces cada dia enviaré á preguntar por él, y nosotros pediremos á Dios su pronta cura. ¡Ay! caballero, os lo recomiendo, os lo recomendamos; velad sobre él como un hermano, pensad en mi dolor, en el dolor de mi hija; ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡compadeceos de él!

—¡*Vieja comedianta!* pensó Cárlos levantándose y huyendo, pues temió no poder contenerse y soltar alguna palabra malsonante.

A su vuelta encontró á la hija del doctor instalada á la cabecera del enfermo.

—¡Silencio! le dijo; ¡duerme!

—¿Cómo está? preguntó Cárlos en voz baja.

—Un poco mejor; sin embargo, el delirio continúa; no cesa de llamar á Julieta, y tambien ha pronunciado varias veces vuestro nombre.

—¡Mi querido Alfredo!

—Le inquieta mucho el resultado de vuestras visitas á la Martiniere.

—Ya puede inquietarle, murmuró Cárlos.

En la agitacion febril de su sueño, Alfredo hizo caer la almohada que sostenia su cabeza. Margarita levantó ligeramente aquella cabeza cubierta de lepra y espantosa, y con una seña dijo á Cárlos que volviese á poner la almohada en su puesto.

—¿Y ese espectáculo no os repugna? preguntó Cárlos que se acordaba del profundo horror manifestado por las señoras Duravin.

—No en balde soy hija de mi padre, respondió con amable sonrisa.

—Sin embargo, no ignorais que es un mal contagioso.

—Estoy vacunada.

—Tambien lo estaba Alfredo.

—Por esa cuenta habria que dejarle abandonado; vos mismo deberiais huirle.

—Alfredo es mi amigo, y es muy diferente.

—Pero está en mi casa; ¿pensais que el título de huésped es menos sagrado é impone menos obligaciones que el de amigo?

—¡Ah! exclamó Cárlos sin poderse quitar de la *imaginacion* la comedia representada delante de él en el palacio de la Martiniere; no sois mujer, sois un ángel.

—¡Silencio! repuso Margarita, vais á despertar al enfermo.

Cárlos se calló, y con un sentimiento de admiracion se puso á considerar á la hija del doctor ocupada en trasformar en hilas una camisa vieja de su padre.

Esta tarea no tenia en sí nada que fuese gracioso ni poético, y sin embargo, ¡cuánto Margarita, vestida con su sencillo traje negro de lana le pareció mas hermosa que Julieta, vestida de seda, cubierta de pieles y de encaje, y haciendo correr sus blancos dedos sobre las teclas de su

© Biblioteca Nacional de España

piano de Erard!

Confundida ante aquella admiracion silenciosa, Margarita volvió á tomar la palabra.

—¿Y la señorita Duravin no vendrá á ver á su promedo? preguntó.

Cárlos se sonrió amargamente.

—La haceis demasiado honor.

—No os comprendo.

—Nada mas fácil de comprender: la señorita Duravin no posee ni vuestro corazon ni vuestro valor. Cuando supo cuál es la enfermedad de Alfredo, tuvo miedo y no vino.

—¡Miedo! exclamó Margarita; yo creí que amaba al enfermo.

—Y ya veis hasta dónde llega su amor. Esas bellas muñecas parisienses tienen justito el mismo corazon que las figuras de cera expuestas en los escaparates de los peluqueros. Son bonitas, bien hechas, agradan mucho, convenido; pero no es Dios quien las ha hecho, sino que son producto de un hábil artista; buena diferencia vá de vos á ellas.

—¡Ah! sois injusto.

—El porvenir probará si digo mal ó bien; además, tengo ya mi plan, añadió entre dientes.

El doctor entró y anunció una ligera mejoría en el estado del enfermo; dos dias despues tranquilizó completamente á Cárlos.

—Ya no hay ni asomos de peligro; ahora es asunto de tiempo, y nada mas, dijo el buen médico.

—¿Han venido á menudo Julieta y su madre? preguntó Alfredo en cuanto se halló en estado de coordinar sus ideas.

Y Cárlos sin omitir el menor detalle le hizo una relacion textual de sus dos visitas á la Martiniere.

—¡Es extraño! pensó Alfredo, y su corazon se oprimió dolorosamente.

—¿Sabes quién te ha salvado la vida? le dijo un dia su amigo, Margarita: sin ella, estarias ahora en el campo santo del pueblo.

—¿Y cómo es que habeis tenido tanto valor cuando Julieta ha sido tan cobarde? preguntó el convaleciente á la hija del facultativo.

—No teniendo nada que perder, no puedo tener miedo, respondió sencillamente Margarita.

—¿Y cómo es eso?

—La señorita Duravin es hermosa.

—¿Y qué?

—Yo no lo soy.

Alfredo la miró con atencion, lo que no habia hecho hasta entonces. No le pareció bonita, sino encantadora.

Sin embargo el lacayo de la señora Duravin cumplia puntualmente su peregrinacion cotidiana, á Moriez; pero tenia recibida la órden de no atravesar los umbrales de la casa del doctor y nunca se ponia en camino sin haberse atestado los bolsillos de pomitos de vinagre y de éter.

Ya ves cómo nos tratan en la Martiniere, se complacia en decir el implacable Cárlos; aun cuando todos tuviésemos la fiebre amarilla y esta casa fuese un lazareto, no inspirariamos un terror mas grande á esas dos personas sin tacto y sin corazon.

—¡Ah! mi querido Cárlos, interrumpió entonces Alfredo, sé menos duro con esas señoras; pues una será mi esposa y otra mi suegra.

—Tanto peor, pero al cabo y al fin eso es cosa tuya y no mia. ¿Y cuándo harás tu entrada triunfal en esa bendita casa? como decias poéticamente el dia que llegamos á esta aldea.

—Pronto, al fin de la semana, segun creo.

—Muy pronto es.

—¿Y porqué?

—Porque las señales de la enfermedad están todavía visibles en tu cara.

—M. Meslier asegura que antes de un mes no se conocerán.

—Espera pues á ese tiempo; es mas prudente.

—¿Crees tú que el amor de Julieta dependa de cosa tan leve?

—¡Eh! amigo mio, ¿quién sabe de qué depende el amor?

—¡Cómo! ¿Te atreverias á pensar?...

—No pienso nada; me contento saber lo que sé.

—¿Y qué sabes?

Cárlos no respondió.

—Vete al diablo con tus reticencias. ¿Quieres hablar?

—No me interrogues, respondió Cárlos solemnemente.

—Eso es otra cosa; á tanta solemnidad, no me queda mas recurso que callarme.

E hizo como que se alejaba.

Sucedió entonces lo que sucede por lo regular. En cuanto Alfredo pareció indiferente á la confidencia de Cárlos, este ardió en deseos de confiar el secreto á su amigo.

—Has de saber pues... le dijo con una voz lúgubre.

—¡Yo! interrumpió Alfredo, no quiero saber nada.

—Pues quiero sepas por fin, porqué juzgo á las mujeres con una severidad que á menudo me has echado en cara. He tenido tres amores en mi vida. Tres amores formales. La primera vez estaba en los veinte años, y dejando aparte la vanidad, te aseguro que era entonces lo que se llama un guapo mozo, en la mejor acepcion de la palabra. Pues bien, querido amigo, un dia rompieron bruscamente con mi ternura, con mi belleza y con mis veinte años.., ¿y adivinas porqué?... Porque en un baile, en medio de una contradanza cometí la torpeza de resbalarme en el suelo y de caer de un modo un tanto ridículo, segun dijeron las contemporáneas.

—Y la segunda vez? preguntó Alfredo riendo.

—La segunda vez mis desastres amorosos provinieron de que me encontraron montado en un pollino en el bosque de Montmorency.

—¿Y la tercera? exclamó Alfredo que no podia condolerse bastante de las desgracias de su amigo.

—Fué hará cosa de un año, respondió Cárlos. Una mañana tuve la idea de afeitarme patillas y bigotes, y al dia siguiente Dalila notificaba su licencia absoluta al pobre Sanson pelado como un recluta. Hé ahí, amigo, de qué depende el amor.

—El amor de Julieta es de otra especie, dijo Alfredo, y aun cuando la enfermedad me hubiese dejado el rostro como una espumadera, lo que no es así, estoy seguro de su cariño como lo estoy de su corazon.

—Eso es lo que hemos de ver, pensó Cárlos.

Un mes habia trascurrido; el semblante de Alfredo habia vuelto á tomar su blancura primitiva sin que el jóven hubiese pensado en despedirse del médico y de su hija.

Cárlos pasaba los dias en la caza; y en cuanto á Alfredo, las horas volaban rápidas para él en conversaciones con Margarita.

Siempre estaba á su lado, y la acompañaba en las visitas que aquella bondadosa jóven prodigaba á los pobres y á los enfermos del contorno de su aldea.

Por todas partes bendecian el dulce nombre de Margarita, quien á pesar de la escasa fortuna de su padre, hallaba modo de socorrer muchos infortunios. Cosia con sus manos las envolturas para las madres de familia; llevaba alimentos á los ancianos, y á todos hablaba ese lenguaje que inspira la paciencia, la resignacion y la esperanza.

Un dia, á la hora en que el enviado de la señora Duravin llegaba á Moriez, Cárlos se paseaba por el camino fumando y esperando con impaciencia la llegada del mensajero.

—Es tiempo, se decia, de que realice yo mi propósito. O no soy mas que un colegial y no conozco el corazon femenino, ó dentro de cuatro horas habré arrancado la venda que cubre los ojos de Alfredo.

Estaba hablando así, cuando alzó la cabeza y distinguió al criado.

—Es inútil que vayais mas lejos, dijo deteniendo al caballo por las riendas; mi amigo está bueno ya, y pienso tener el honor de presentarme mañana en la Martiniere.

La madre y la hija prevenidas por el criado se habian puesto sobre las armas: bonitos vestidos, las cintas mas elegantes, los encajes mas finos, las mas preciosas joyas.

—Bien venido seais, mi querido M. Deslaurius, le dijo la señora Duravin. Sé toda la parte que os corresponde en la resurreccion de Alfredo, y os doy gracias en mi nombre y en el de mi hija. ¿Está salvado ¿no es cierto?

—Gracias á Dios, señora.

—¿Y le veremos pronto?

—Pienso que mañana ó pasado.

—Y decidme, mi querido amigo, ¿le ha cambiado mucho esa cruel enfermedad?

—¿Moral, ó físicamente?

—De ambos modos.

—Pues moralmente, Alfredo es siempre el mismo. Como le habeis conocido así le encontrareis, bueno, sincero, leal, caballeresco, y aun mas enamorado que en Paris de la señorita Julieta, si esto fuera posible, añadió dirijiéndose á la jóven.

—No podria explicaros cuánto me regocijan vuestras palabras, repuso la señora Duravin. ¡Mi querido Alfredo! Esa pintura corresponde muy bien á la opinion que me ha inspirado. Estoy cierta de que asegurará la felicidad de mi hija, y que Julieta se enorgullecerá de llevar su nombre.

—Físicamente... continuó Cárlos.

Julieta aplicó el oido.

—¿Cómo? exclamó la señora Duravin.

—Físicamente, continuó Cárlos, no debo disimularos que Alfredo está desconocido. La enfermedad ha estropeado su cara. Pero ¿qué es una hermosura esencialmente perecedera al lado de las cualidades eternas del corazon?

—En fin, ¿está muy feo? se atrevió á decir Julieta.

—¡Ay! señorita, mi respeto á la verdad me obliga á convenir en ello; además, en breve tendreis ocasion de juzgar por vuestros propios ojos.

Las dos señoras guardaron silencio y cambiaron entre sí una rápida mirada cuyo sentido era poco enigmático.

—¿Nos habeis dicho, repuso la señora Duravin, que vuestro amigo se propone venir á la Martiniere á fines de la semana?

—Tal es su intencion.

—¿Y no pensais como yo, que obraria mas cuerdamente volviéndose á Paris? ¡La ciencia posee secretos tan maravillosos! ¿Quién sabe si no existe una pomada, un bálsamo susceptible de devolver á su rostro lleno de costurones la forma y su gracia primitivas? Nuestros médicos de aldea hacen todo cuanto pueden, pero la desgracia es que no pueden mucho. ¿No creeis ¿como yo, que deberia consultar á los príncipes de la ciencia?

—Es una idea luminosa, y voy al punto á comunicarla á mi amigo, dijo Cárlos, que se levantó y se despidió de la madre y de la hija con un saludo ceremonioso y frio.

—Vuélvame yo calvo y pierda todos mis dientes, si pongo otra vez los piés en esta odiosa casa, exclamó cuando hubo cerrado la puerta del salon.

Su caballo le esperaba ensillado; de un brinco se plantó en él y se alejó á trote largo.

—Querido mio, dijo á su amigo, paga al médico, hagamos nuestros cofres y huyamos cuanto antes, pues ya nada tenemos que hacer aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Que si te casas con Julieta, yo no te vuelvo á ver en mi vida.

Y le descubrió el lazo que habia tendido á la señora Duravin y á su hija, contándole la recepcion que le habia sido hecha en la Martiniere.

—Te despiden porque te creen pecoso de viruelas, dijo al concluir; yo presumo que no cometerás la insigne tontería de desengañar á esas dos señoras.

Contra las previsiones de su amigo, Alfredo oyó esta relacion con una indiferencia señalada.

—Vaya, ¿nos vamos? preguntó el impaciente Cárlos.

—No, respondió Alfredo, yo me quedo.

—Pues yo me voy, y busca otro padrino; me das lástima.

Por toda respuesta Alfredo tomó á su amigo de la mano y le llevó á la ventana de su cuarto.

Esta ventana daba á la calle de la aldea.

—Mira, exclamó Alfredo.

Cárlos levantó la cortinilla de muselina y distinguió á la hija del doctor que estaba dando la sopa á media docena de pobres.

—Mi querido amigo, continuó el jóven, ahí tienes á mi esposa. Amaba á Julieta con la cabeza; á Margarita la amo con el corazon. Ahora creo que aplazarás tu marcha y que no te negarás á ser el padrino de mi boda, añadió con una sonrisa.

Margarita Meslier, hoy casada con Alfredo Senechal es seguramente una de las mujeres mas distinguidas y mas felices de París.

No podria decir otro tanto de Julieta Duravin, que seis meses despues se casó con el marqués de X***.

—Un partido soberbio, decia su madre.

A. S.

EL CUERPO Y EL ALMA.

—¿Tan mal te avienes, alma, conmigo,
Que ya me quieres abandonar?
—Tú, desfalleces, mi pobre amigo:
Llegó la hora de descansar.

—¡Ay! ¡me asediaron desde la cuna
Tan impios hados!... ¡cuánto sufrí!
—Así mis lágrimas una por una
De entonces vengo dando por tí.

—Bien te he sentido dentro en mi seno
Clamar al cielo por mi favor:
Mas hoy tu rostro de dicha es lleno,
Cuando yo ¡mísero! de hondo terror.

—Es que del cielo la luz me alienta,
Mis alas de ángel torno á mover!
—¡A mí la tierra me aguarda hambrienta,
Por devorarme la miro arder!

—Acalla, hermano, tu pesadumbre:
Tú nunca hubiste otra mansion.
—¿Porqué mi nada tocó tu lumbre?
¿Porqué me hablaste de tu region?

—Fué vagar juntos nuestro destino,
Sin comprendernos llegar aquí:
Así hace el astro su alto camino,
Sobre su tallo la flor así.

—De astro y flor era nuestra existencia:
Mas hoy que pierden lumbre y olor,
Tú eres la llama, tú eres la esencia:
Yo el globo oscuro, la muerta flor.

—La madre tierra dé bienhechora
Sueño á tus ojos, paz á tu sien!
—¡No! ¡que á sus hijos ella devora!
¿Quién de sus brazos me libra, quién?

—Acaso culpa de ellos expia
Cuando desgarra su corazon;
Y aun ponen ¡ciegos! rémora al dia
Que alumbrar debe su redencion!

—¿Qué me revelas?... ¡la pobre madre!
¡Ve, pues, implora por ella á Dios!...
¡Trágame, oh tumba!
—¡Confia en el Padre!
—¿Muero, alma mia!
—¡Descansa! ¡adios!

José Antonio CALCAÑO.

© Biblioteca Nacional de España

LA FELICIDAD DE LA RIQUEZA,

POR

ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

IV.

Al dia siguiente de los sucesos que acabamos de referir, la madre Smet se levantó muy temprano para ir á la tienda de enfrente, mas que á comprar á decir que debia en breve heredar una gran fortuna de una tia que tenia en Holanda. Y como la vecina de enfrente se burlase con incredulidad de la herencia tantas veces esperada, Teresa para probar la verdad de su aserto sacó del bolsillo un puñado de monedas de oro que dejó estáticas á todas las comadres del barrio allí reunidas.

Una media hora despues no habia un alma en toda la calle que no supiera que Juan el deshollinador habia heredado trescientos mil florines. Y cada uno fué adicionando á su gusto la herencia hasta hacerla subir á veinte barcos fletados, una porcion de casas, muchas áreas de tierra.

Entre tanto Teresa recorria los mejores almacenes de la ciudad, y se hacia tomar medida por las modistas de mas fama.

En el instante en que reanudamos nuestro relato, Teresa estaba de vuelta en su casa hacia un cuarto de hora y contemplaba al espejo el brillo que despedian unos magníficos pendientes de oro pasados en sus orejas.

En este momento Pablo bajó la escalera y replicó contestando á su madre:

—Padre no está malo; fatigado no mas de la mala noche; pero en breve bajará tambien.

—Ven acá, mírame bien, Pablito, ¿qué te parecen esos pendientes?

El jóven contempló á su madre, pero la impresion que en él produjo la alhaja, no debió ser muy favorable porque se apresuró á añadir:

—No están mal; pero esos pendientes al lado de vuestra gorra de percal hacen el efecto de estar perdidos.

—Aguarda un poco, que todo se andará. De aquí á unos dias tu madre no tendrá nada que envidiar á las señoronas de alto copete. Llevará sombrero con plumas, abrigo de terciopelo y vestido de seda arrastrando, tal como conviene á una persona de buena familia como yo.

—Si no hay otro remedio, dijo Pablo suspirando, gastadlo en hora buena. Pero por Dios mudaos á otra casa; porque ver á una señorona como vos junto á unos deshollinadores parece mal.

—Qué quieres, tu padre no piensa mudarse todavía. Tiene sus razones para ello; pero deja que llegue la herencia y para entonces tengo ya vista una casa con jardin y cochera.

—¿Sabeis madre, replicó Pablo tristemente, que creo que nos hemos vuelto locos los tres? En cuanto á la herencia, si yo tuviera diez florines en mi bolsillo, no los cambiaria por esos millones que vos esperais.

—¿Con que no? Pues mira solamente una muestra, incrédulo Tomás.

Y Pablo retrocedió estupefacto á la vista del puñado de oro que su madre le presentó.

—¿Vamos, qué dices? ¿has visto junto tanto dinero en tu vida? ¿se trata aun de sueños como dice tu padre?

El jóven guardaba silencio contemplando atónito el dinero.

—¿Te has quedado mudo? dijo su madre con tono burlon.

—Sí, murmuró Pablo aturdido, parece que me han dado un martillazo en la cabeza.

—Y este oro no es nada en comparacion del que hemos de recibir.

—Pero en efecto, madre mia, ¿somos ricos?

—Poderosos.

—¡Ay qué alegría! exclamó Pablo saltando de gozo. ¡Qué vida nos vamos á dar! ¡qué contenta se pondrá Trinidad cuando lo sepa!

Y se puso á cantar su perpétua cancion:

Déja la chimenea etc.

Pero su madre tapó precipitadamente su boca, exclamando:

—Pablo, Pablo, esa cancion es indigna de tí: es fuerza que tengas ya mas compostura, mas distincion.

—Teneis razon, madre mia, cantaré otra cosa.

—De ningun modo: no debes ni cantar ni bailar; un hombre rico debe ser juicioso.

Esta advertencia pareció asombrar á Pablo.

—¡Calla! exclamó: ¿qué, no podré nunca estar alegre?

—Si podrás, pero cuando estés solo, no delante de gente; y cuando quieras vaciar un par de botellas cuida tambien de que nadie lo observe: eso hacen las gentes ricas.

—¡Cuando esté solo! ¿creeis madre mia, que yo pueda cantar y beber estando solo? A fe mia cuando no estoy entre las muchachas ó entre mis amigos, no me dá gana ni de cantar, ni de beber mas que agua clara.

—Mal hecho: ya te acostumbrarás, y lo primero que debes corregir es tu manera de andar por la calle, y tu carácter bromista con todo el mundo.

—¡Calla! ¿tampoco podré gastar una broma?

—No en medio de la calle; en ella debes estar siempre con la cabeza erguida, el rostro serio y la mirada fija.

—Eso es, como si estuviera incomodado.

—No precisamente eso, pero no olvides que no hay nada mas ordinario que estar alegre.

—¿Pues sabeis, madre, que no vale la pena de ser rico, si con toda la riqueza no puede uno divertirse?

Teresa que se habia sentado junto á la mesa, llamó á su hijo como si fuese á decirle una cosa muy grave.

—Pablo, siéntate, voy á hablarte de un asunto muy serio; creo que tienes suficiente razon para comprenderme.

—Ya lo creo; no hay una muchacha que diga que yo no soy listo.

—No, no vengas con bromas y escúchame con atencion. Cada oveja con su pareja, dice el refran; ¿qué te pareceria á tí, si el hijo de un baron se uniese á la hija de un trapero?

—Me pareceria muy extraño.

—Me alegro oirte hablar así. Pues bien, ahora que nosotros somos ricos; no puedes casarte con una muchacha que nada tiene.

El jóven aterrado con aquellas palabras de su madre, exclamó con ansiedad:

—Madre, ¿á dónde vais á parar?

—Ya conoces, Pablo, que Trinidad, la hija del zapatero, es una muchacha honrada, soy la primera en reconocerlo, y si hubiéramos seguido siendo pobres, te hubieras casado con ella antes de fin de año; pero ahora ¿no comprendes que toda la ciudad se burlaria de nosotros?

—¿Y porqué se burlaria? exclamó Pablo con el corazon oprimido. Yo quiero mejor ser deshollinador con ella, que baron con otra. No me toqueis ese punto, madre, porque me hallareis mas duro que una roca.

La fisonomía de Teresa tomó una expresion astuta, y continuó con dulzura:

—Vamos, no te incomodes; ¿no te parece que Leocadia, la hija del comerciante de la esquina, es muy linda, tiene unos ojos negros como el azabache, un talle, esbelto como una palma y está siempre tan bien vestidita como una reina? y despues ¡qué modales! Ya se vé, como que en su casa hay mucho dinero. Pues hé ahí si hubieras puesto tus ojos en ella...

—Válgame Dios, Leocadia, ¿esa chica flaca y descolorida que parece una muerta con todas sus cintas y bucles? No la querria aunque fuese la hija de un rey. Además que es muy coqueta; todo el barrio murmura de ella, y eso no, madre, cuando me case quiero estar seguro de que mi mujer es solo mi mujer.

—¿Cómo se entiende, mala lengua, te atreves hasta á la reputacion de las gentes?

—Yo no ataco á nadie, madre, repito solo lo que oigo decir.

—En hora buena concedo que no te guste Leocadia, pero no por eso te casarás con Trinidad.

—¿No? pues entonces no quiero ser rico.

—Esperarás á que ocupemos la posicion que nos corresponde, y entonces no faltará una señorita...

—¿Una señorita? ¡Ay madre, si yo no sabré ni qué decirla! No, no, yo no querré á otra que á Trinidad: mi padre y vos habeis consentido en nuestro matrimonio.

—Tu padre pensará de otra manera cuando se haya acostumbrado á ser rico, y tú mismo olvidarás á Trinidad.

—¿Yo olvidarla? Nunca, ni puedo, ni quiero. ¡Es tan buena! Se moriria de pesar si su Pablo la olvidara solo porque es rico, y si yo fuera capaz de semejante cosa, me romperia la cabeza contra un muro.

—Pues por de pronto dejarás de verla.

—Por el contrario, mi padre me ha dicho que fuera temprano para que no supiera por nadie antes que por mí, la noticia de nuestra herencia.

—Pues llegarás tarde; la mitad de la villa lo sabe ya.

—Pero madre, murmuró Pablo con acento suplicante, vos no teneis mal corazon; recordad que hace seis años, que mirais á Trinidad como hija propia, que os ama como á su difunta madre, que os rodea siempre de solicitud y cariño; que querria adivinar con la vista vuestros deseos, y esto no tenia nada de paticular: ibais á ser su madre: acordaos que cuando estuvísteis mala no se apartó de vuestra cabecera: solo se separaba para ir á la iglesia á rogar por vos. Ya antes de esto yo queria mucho á Trinidad; pero desde que ví el interés que se tomó por vos, mi cariño se redobló, y á mis ojos todas las muchachas de Amberes juntas no valen lo que Trinidad: no nos priveis el querernos, porque la matareis en cambio del afecto que os tiene.

A la par que hablaba así, el jóven dejaba correr las lágrimas de sus ojos, logrando hasta conmover á su madre que inclinando la cabeza para ocultar su emocion murmuró:

—Bien, Pablo, bien, harás llorar á una piedra; vé á ver á Trinidad; procuraremos cuando sea tu esposa vestirla mejor, y yo le daré algunas lecciones de buenos modales.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, madre mia! Ahora haced de mí lo que querais; hacedme hasta poner guantes: aunque las gentes se rian de mí por todo pasaré, no dando que sentir á Trinidad.

Y se dirijió rápidamente á la puerta.

—Pablo, Pablo, ponte el sombrero. Un hombre rico no puede llevar gorra; ponte tambien esta linda corbata de seda azul y grana que acabo de comprarte.

Con algun despecho contempló el jóven los colores chillones de la corbata, aunque se la dejó poner pacientemente: despues se lanzó á la puerta dando saltos de alegria.

—Pablo, no saltes, ya te he dicho que eso no conviene á tu rango.

Contúvose el jóven y salió á la calle por fin.

Era un hermoso dia de primavera, y la calle estaba como de costumbre, adornada á un lado y otro por las muchachas encajeras de la vecindad.

Pablo por complacer á su madre habia acortado el paso, y marchaba con la cabeza erguida.

A su aparicion la mayor parte de las muchachas levantaron la cabeza, cuchichearon entre sí, y contemplaron á Pablo como si ante ellas pasase un objeto raro.

Al advertirlo este, el carmin de la confusion tiñó su frente y le pareció que toda su ropa estaba llena de puntas de alfileres, segun le pinchaba por todo el cuerpo. Se esforzó no obstante en dominar su emocion, y acercándose al grupo que trabajaba delante de la puerta del zapatero, exclamó:

—Buenos dias, Anita, ¿porqué pones esa cara tan asustada? ¿soy yo acaso algun elefante ó alguna ballena?

Entre tanto, otro grupo de mujeres le miraban desde lejos señalándole con el dedo.

Anita tardó mucho en contestar y por fin murmuró:

—No, señor Pablo, no es que seais eso que decis: es que hoy os vemos con sentimiento.

—¿Porqué?

—Porque ahora nuestra calle estará muy triste en cuanto Pablo el alegre se haya mudado á la casa á donde vá á vivir con jardin y cochera.

—¿Estais locas? Yo soy siempre el mismo.

En este instante un anciano encorvado bajo el peso de los años, se acercó al jóven respetuosamente, y dijo:

—M. Smet, tengo que deciros una cosa; yo os suplico que no juzgueis atrevida mi pretension.

El jóven, avergonzado ya hasta el último extremo, repuso:

—¿Quereis burlaros todos de mí? ¡Qué diablo! venga esa mano.

El anciano agradeció con una sonrisa el apreton de manos del jóven y murmuró:

—Muchas gracias, M. Smet; pero permitidme continuar. Mi hija Susana vos la conoceis.

—Vaya si la conozco. Es una honrada jóven.

—Bien sabeis que es muy primorosa en la costura, y yo quisiera merecer de vos que la recomendáseis á vuestra madre, que segun me han dicho, encargaba costurera esta mañana.

Pablo estaba absorto y creia soñar.

—Sí, sí, yo lo haré, pero por Dios, dejad ese tono tan respetuoso; yo creo que vá ser necesario encerrar á todo el barrio en la casa de locos.

El anciano se alejó, y Pablo volviéndose á las muchachas, exclamó con su habitual viveza:

—Y Trinidad, ¿cómo no ha salido hoy con vosotras?

—¡Pobre Trinidad! Si no se muere será un milagro.

Sin hablar mas palabra palideció el jóven y penetró en casa del zapatero.

Encontró á la jóven sentada cerca de la única ventana que daba á la calle: enjugaba los ojos con el delantal, y además sollozaba en alta voz.

Pablo se apoderó de una de las manos de la jóven, que lanzó un grito doloroso y retiró vivamente su mano.

—¡Trinidad! ¡Trinidad! exclamó Pablo con desesperacion. ¿Porqué ese dolor? ¿Porqué esa tristeza? ¡Habla, habla!

La jóven enjugó sus ojos, fijó en Pablo una mirada de dolorosa resignacion y murmuró:

—Dejadme, Pablo: bien sé que no es vuestra la culpa; vos no hubiérais tenido la crueldad de dar ese golpe á la pobre Trinidad.

—Pero, por amor de Dios, ¿qué ha sucedido?

—Yo soportaré mi triste suerte, y aunque muriese de pesar, nunca, nunca os echaré la culpa.

—¿Pero qué sucede en qué he podido faltarte? ¡Consuélate! Nada ha variado entre nosotros.

La jóven sonrió tristemente y dijo:

—Bien conozco, Pablo, que soy demasiado pobre para fijar los ojos en vos. Vos sois de una gran familia y mi padre no es mas que un artesano honrado.

Pablo llevó la mano á su frente con despecho y añadió:

—¿Pero quién ha dicho todo eso? Trinidad, por Dios, no hagas caso de malas lenguas.

—No lo son, por desgracia. Vuestra madre se ha burlado de nosotros en la tienda; ha dicho que no consentiria jamás en que entrase en su familia la hija de un zapatero... Vos debeis obedecer, Pablo. En cuanto á mí, esto pasará...

Y añadió sin poder contener sus lágrimas:

—¡Cuando esté en la sepultura! Pero no importa; vos pensareis en mí alguna vez, y exclamareis: la pobre Trinidad murió muy jóven porque me queria demasiado.

Pablo escondia su rostro entre las manos, y exclamó sin poder ocultar su emocion:

(Se continuará.)

CRITICA LITERARIA.

La Lucrecia Borgia de Víctor Hugo.

Lucrecia Borgia ha pasado toda entera, años ha, al dominio lírico: el cetro dramático que un dia le dieron el capricho público, la moda romántica en su mayor exageracion, ha tiempo que caido de sus manos, y en esta nueva metarmofosis es en la que vive, merced, mas que á su libreto, á las magníficas notas que sobre él ha arrojado el ingenio inmortal de Donizzetti. Cantada esta ópera en todos los teatros italianos, oida siempre con delicia por cuantos tie-

© Biblioteca Nacional de España

nen un alma sensible á los acentos de la música, acaba de dar ocasion en Cádiz á uno de los mas legítimos triunfos con que puede envanecerse la Sra. Penco, la artista de corazon, la cantante por excelencia. Nosotros sin embargo, mientras experimentábamos aquel indefinible goce que siempre nos produce aquella música, especialmente cuando es interpretada por una artista como la Sra. Penco, no hemos podido menos de volver la vista atrás, y recordando el inmenso favor que un tiempo alcanzó este drama, nos hemos propuesto analizarlo concienzudamente, juzgando que este exámen acaso no será del todo perdido para la verdadera apreciacion de aquella escuela, ó sea secta dramática, de la que fué Víctor Hugo el principal corifeo, y *Lucrecia* uno de los principales tipos.

No nos proponemos aquí dilucidar si esta célebre mujer fué ó nó tan cruel, tan depravada como algunos autores nos la pintan; esa es cuestion de Víctor Hugo: pudo darle aquel carácter, y no vamos nosotros á disputarle ese derecho, cuando se halla en el caso de apoyarlo con lo que muchos escribieron, y que, sea dicho de paso, es hoy lo mas generalmente admitido. Sin embargo, lo que sí podemos exigir de él y de cualquiera otro, es que combinado un argumento y elegidos los caractéres, sea consecuente en ellos; podemos exigir que las situaciones tengan su razon de ser, y no aparezcan allí por la sola voluntad del autor; podemos exigir en fin que se nos conmueva con escenas de sentimiento, pero no con escenas de fantasmagoría; porque, como dijo Arriaza:

«El deslumbrar los ojos y no el juicio
Es de linterna mágica el oficio.»

En este concepto, vamos á examinar ordenadamente el drama en cuestion.

El principio de este no es tan aparatoso como el de la ópera. Durante la fiesta y en medio de la noche, algunos jóvenes patricios de Venecia descansan en el jardin, y Orsini, uno de ellos, se entretiene en referir á los demás curiosos sucesos de épocas anteriores. Tocábale en aquel punto la vez al siguiente:

En 1497, esto es, veinte años antes de aquel en que la accion se supone, el patron de un barco anclado en el Tíber cuentan que refirió que á deshoras de cierta noche vió llegar á la orilla á un hombre á caballo y enmascarado, al que acompañaban otros de á pié que parecian criados suyos. Estos descolgaron un bulto que aquel llevaba á la grupa, y asiendo de él dos de los hombres lo arrojaron al rio. Quedó sin embargo sobre las aguas una capa, que dijeron los criados al señor ser la de *Su Excelencia*, y habiendo lanzado sobre ellas algunas piedras, la capa se sumerjió al cabo, como le habia sucedido á su dueño.

Esta historia tenia su explicacion, y Orsini la dá. El muerto era Juan de Bórgia, hijo de Alejandro 6.º, asesinado por su hermano César, rival suyo en el amor de Lucrecia hermana de ámbos, y que habia preferido á aquel en sus favores. De esta union incestuosa habia sido fruto un niño, del cual no volvió á saberse nunca.

Segun se acaba de ver, se abre la escena con el relato de un hecho que eriza los cabellos por la horrible, por la repugnante inmoralidad que revela. Ya que en la historia todo cabe, déjese allí, pero no se traiga al teatro para sublevar todos los sentimientos de pudor. Ha hecho pues muy bien el autor del libreto italiano al suprimir esta nada edificante relacion de Orsini, la que despues de todo es poco importante para la inteligencia del argumento. Al público le basta saber que aquel Genaro, de desconocida cuna, es hijo ilegítimo de Lucrecia, sin necesidad de que le enteren de los horrorosos crímenes que acompañaron su nacimiento.

Pero si esto pudiera pasar en la opinion de algunos, lo que no es posible pase en la opinion de nadie es la conducta de aquel Yubeta, espia de Lucrecia, y que fingiendo ser un extranjero de distincion se hace amigo inseparable de los jóvenes venecianos, y se muestra tan calavera como ellos. Pues bien, ese agente de confianza de una Bórgia, ese que debiera ser el tipo del disimulo y de la sagacidad, principia desde la primera escena á desmentirse, rectificando ciertas fechas y ciertos pormenores insignificantes de la relacion ya tan minuciosa de Orsini, cual si quisiera mostrarse mas enterado de los acontecimientos, como hombre que acaso ha tomado parte en ellos. Natural es pues la extrañeza de los jóvenes al oirle, y lejítima por tanto la sospecha que en alguno de ellos se despierta, tanto mas cuanto que las gentes de su especie eran entonces comunísimas en toda Italia. En este carácter fuerza es confesar que Víctor Hugo perdió completamente pié: hubiéralo fingido franco, alegrote, parco en el hablar de cosas que, á fuer de extranjero como le supone, ni debiera saberlas á fondo ni pudieran ellas afectarle, y entonces habria principiado por engañar al público para concluir vendiendo á sus supuestos amigos, como cumplia á su mision de espionage.

Ya desde este punto la ópera no se separa en su argumento y órden de escenas del drama, y por tanto siguiendo á aquella seguimos á este.

Conviene advertir sin embargo, que al presentarse Yubeta á la duquesa en el momento en que esta contempla dormido á su hijo, no solo se lo muestra á aquel para que jamás lo equivoque con otro, sino que le hace personalmente responsable de cualquier daño que pueda sobrevenirle á Genaro, á cuyo efecto no debe perderlo de vista nunca. En su consecuencia Yubeta le acompaña á la córte de Ferrara, y con este ó aquel pretexto jamás se separa de él. ¿Cómo es pues que permite que beba á par de sus otros amigos el mortífero vino de Siracusa, que él mismo pide y que él mismo sirve? ¿Cómo no corre á participar á Lucrecia el incidente de su concurrencia á la cena de la Negroni, circunstancia que la duquesa no pudo preveer? ¿Cómo esta, al ver á su hijo envenenado, no lanza todos los rayos de su ira y de su venganza contra aquel espia suyo que por imprevision ó por torpeza ha sido causa de aquella tragedia horrible? Y no se diga que era aquella una traicion de Yubeta, puesto que ni aparece como comprado por el duque, ni era siquiera súbdito suyo, toda vez que, segun él mismo dice en el drama, residia en Spoletto, perteneciente á los estados de Lucrecia, de cuya venganza nadie en el mundo pudiera salvarlo. ¿Cómo pues se compagina semejante contradiccion? No vemos otra salida que la del afan de producir grandes efectos dramáticos á costa del sentido comun.

¿Y qué diremos de aquella inconcebible falta de Genaro, que despues de conocer por experiencia lo que eran los vinos de la córte Ferrara, en vez de huir en el acto de aquel lugar donde por el duque se habia jurado su muerte, donde se le perseguia, se vá á cenar alegremente á casa de la Negroni? ¿No le dice lo bastante el notar que Yubeta arroja disimuladamente aquel vino, que él mismo habia pedido? ¿No sospechaba ya de él mucho tiempo hacia, segun lo manifiesta á su amigo Orsini? ¿Cabe esta conducta, no ya en lo probable, sino en lo posible siquiera?

¿Y qué diremos de aquellas luces que se apagan por sí mismas, de aquellos salmos que se oyen afuera, de aquellos penítentes con capirotes, de aquellos cinco ataudes que se descubren en lontananza, y de todo aquel aparato fantasmagórico, destinado á crispar los nervios del público? ¿Y qué diremos de la candidez con que se supone que el gravísimo hecho de asesinar públicamente y á toda orquesta digámoslo así, á seis individuos de una embajada de la poderosa y temida Venecia fuera asunto de tan poca monta que pudiera ejecutarse impunemente y mas siendo la autora del crímen la misma duquesa de Ferrara?

El autor por lo visto se hizo para sí esta cuenta: «A mí me basta con hacer asesinar á Genaro y compañía. Despues de que caiga el telon compóngase como pueda Venecia con Ferrara, que no he de ser yo el obligado á meter paz. He supuesto un horroroso crímen mas en Lucrecia Borgia; crímen que no he leido en ninguna parte; pero como tantos otros se le achacan, resulta que yo puedo decir *aquí que no peco*, puesto que no es de temer venga nadie á exijirme la responsabilidad por tan poca cosa. Lucrecia hace ya tres siglos y medio que murió, y por tanto sus huesos son del dominio público.»

Tal fué la mal llamada escuela romántica moderna. Tal fué su gran produccion literaria. La razon, la crítica y la moral han dado ya buena cuenta de aquella escuela: Víctor Hugo há tiempo no escribe dramas, y hace bien: así no escribiera otras cosas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

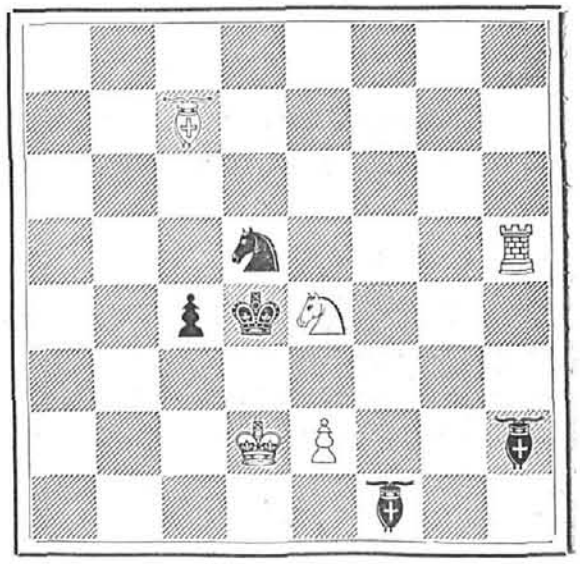
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 10.

	BLANCAS.	NEGRAS.	
1.ª	Torre 4.ª Reina jaque.	Rey juega.	
2.ª	Rey 3.ª Rey.	Alfil quita C.	(la mejor).
3.ª	Torre 7.ª Reina jaque descubierto.	Rey juega.	
4.ª	C. Mate.		

PROBLEMA N.º 11, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 3 jugadas.

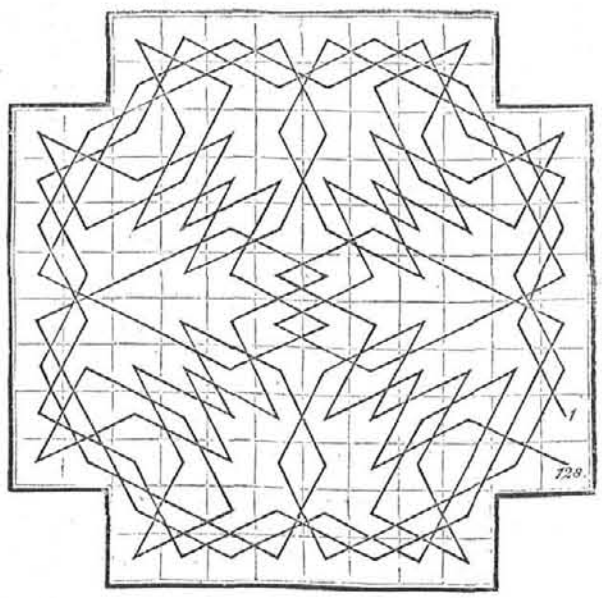
EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NUMERO 3.

Anacreóntica.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas,
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente bulliciosa;
La mesa, Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino,
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
Brindando en sed beoda,
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos ni congojas;
Y deja que en la córte
Los grandes en buen hora,
De adulacion servidos,
Con mil cuidados coman.

IGLESIAS.



ADVERTENCIA.

Con el presente número recibirán nuestros suscritores la portada é índice correspondientes al tomo XXII.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España